

AUTOBIOGRAFÍA

INTRODUCCIÓN

No hace mucho tiempo, una estudiante de escuela superior, buena amiga de uno de mis hijos, me pidió colaborar en un proyecto de libro escrito para una asignación especial; accedí gustoso y como parte del trabajo se incluyó en el mismo una entrevista y un par de exposiciones sobre mi vida en España y experiencias en Puerto Rico. Esto me hizo pensar que podría hacer yo algo parecido, y de manera más integrada.

También mi hijo mayor, homónimo, con el nombre seguido del consabido y compartido José que llevan todos los hermanos, me estimuló cuando uno de estos días se puso a revisar y sacar copia de algunas fotos familiares para “colgarlas” en Facebook. ¿Por qué no hacer una especie de guión y comentarios para su mejor entendimiento?

Por eso he decidido expresarme por escrito sobre mi vida, desde la infancia hasta mis días en la actualidad. Una vida intensa y con muchas etapas y situaciones especiales que me han llevado a presentarlas aquí, para que me conozcan mejor mis hijos y familiares cercanos de aquí y de allá, así como otras personas y amigos interesados.

Comenzaré por narrar mi vida desde la INFANCIA:





Soy hijo de la Guerra Civil española; nací después que comenzara y antes de terminar. Exactamente un 4 de julio de 1938, en un pueblo pequeño, pero de nombre largo y abolengo interesante; su nombre completo Bercianos del Real Camino Francés. Lo de Camino tiene un doble significado: “Camino Real”, porque era de paso obligado y ancho para poder pasar los carros y manadas abundantes de animales ovinos y vacunos, que llegué a ver en mi infancia; y “Francés”, porque por allí pasan aún los peregrinos que siguen el Camino que viene desde Saint Jean Pied de Port, en la frontera central de los Pirineos hispano-franceses hasta Santiago de Compostela.



Mi padre era una persona afable y bondadosa; servicial hasta más no poder, pues ejercía el oficio de electricista (sin cobrar), barbero y artesano de canastos de mimbre, hasta de carbonero en invierno, y agricultor todo el año. Ah, y cuando le quedaba tiempo jornalero en la construcción del ferrocarril. Había servido en el ejército español por más de tres años corridos en Marruecos, durante la sublevación de los nativos durante la dictadura de Primo de Rivera.



Mi madre, una mujer fuerte en todos los sentidos: física, mental y espiritualmente muy bien nutrida. Ella fue de las pocas personas quizás en aquella época que pudo pasarse un año en la capital (León) estudiando costura y confección (todavía recuerdo ver las revistas con modelos de vestidos de la época en casa). Era inteligente y

empresaria, y gracias a sus conocimientos y habilidad nunca faltaron en casa pantalones, medias y hasta calzoncillos cosidos y zurcidos una y otra vez por sus hábiles manos.



Yo pienso que heredé un poco de los dos; de mi padre el carácter dulce y servicial hacia el necesitado; y de mi madre el aspecto más temperamental y fuerte de carácter, la manía de emprender siempre nuevos caminos y el ansia de aventuras, cerca o lejos del hogar. Cualquiera pudiera pensar que la parte más femenina la heredé de mi padre; y la más masculina de mi madre... Contradicciones de la vida con las que uno tiene que lidiar.

Mi crianza transcurrió en un ambiente bien natural y, hasta diría bucólico; me paseaba libremente desde chiquito por las calles y por los campos sin cortapisas ni horarios; solo la luz del sol regía nuestros destinos, de acuerdo lógicamente a las estaciones del año y a las tareas propias de un pueblo agrícola de los años cuarenta y en plena postguerra. Esto quiere decir que mi infancia fue marcada por la escasez y precariedad

de las cosas materiales, pero en el hogar nunca faltó el pan y el vino (todo hecho en casa), y mucho menos los deseos de prosperar.

RECUERDOS INFANTILES:

Son muchos los recuerdos que guardo de mi infancia, máxime cuando son generalmente los que más vivos se conservan, por ser compartidos con los familiares, parientes y amigos de esta época inolvidable.

Los primeros recuerdos:

Mi primer recuerdo, que se pierde en la oscuridad de la memoria remota y más primitiva de mi vida infantil, es ver por casa una especie de ampollas y mangas de goma, que se supone usaran para transfusiones o extracciones de sangre a mi hermanita enferma, que murió desgraciadamente al año más a menos de haber nacido, y cuando yo apenas alcanzaría los tres a cuatro de vida.

Imagínense el dolor de mis padres, después de haber tenido seis hijos varones en hilera, cuando al fin llegó la hembra que tanto deseaban; apenas pudieron disfrutar de ella unos meses, y parte del tiempo enferma y con doloroso tratamiento. Tal parece que esto les secó no solo las lágrimas, sino la fuente de vida y las ganas de tener más hijos; y así fue que quedamos los seis varones, y yo el más pequeño para contarlo.

Otras experiencias de mi infancia, que no podré borrar de mi memoria están ligadas a las tareas propias de un pueblo agrícola cercano a la Tierra de Campos, límite natural entre León y Castilla la Vieja, cuyos lindes con las provincias de Palencia y Valladolid se interconectan apenas a siete u ocho kilómetros de mi pueblo.

El verano y la vendimia:

Entre esas experiencias de mi infancia, que no fueron muy amplias, pues a los doce años tuve que cambiar el campo por el seminario, a parte que los hermanos

mayores se encargaban de las tareas agrícolas ordinarias mientras yo me dedicaba a las académicas, están las faenas asociadas a las cosechas del trigo y la vendimia. Lo relacionado con las duras tareas de los veranos caniculares, están muy bien recogidas en la exposición de la estudiante que me entrevistó para el trabajo que cité al principio de mi Biografía, y de allí recojo este relato parafraseando algunos de sus párrafos:

Las condiciones laborales eran muy duras en verano. Tomaban mucho sol, la piel se tornaba morena, pero al menos se comía bien. En tiempos de la cosecha del trigo y otros cereales, tanto hombres, jóvenes y mujeres de todas las edades debían trabajar fuerte, aunque estas últimas solo lo hacía en las tareas agrícolas en este período y durante la vendimia. Las personas se levantaban entre las 3:00 y 4:00 de la mañana, tomaban aguardiente para la “parva” e iniciaban las labores todavía de noche; desayunaban sopa de ajo y un pedazo de tortilla, o torrezno (guardado de la matanza del cerdo y curado durante el invierno) entre las 7:00 y las 8:00 de la mañana; comían algo a las 10:00 para reponer fuerzas y seguir en la lucha. Al medio día, y como era costumbre todo el año, almorzaban garbanzos cocidos, carne, chorizo, tocino y ensalada, porque la jornada era larga y exhausta; volvían a comer algo (merendar) a las 5:00 de la tarde, consistente en pan, jamón o queso, siempre acompañado con vino, como era normal en toda comida, y por la noche cenaban como de costumbre para luego irse a descansar apenas unas cortas horas y volver al día siguiente a la misma rutina. “Debían comer muy bien (reconoce la muchacha boricua) para tener energía debido a las exigencias del trabajo”.



Y es que la tarea era larga y agotadora: desde la siega, que comenzaba más o menos a principios de julio, hasta el acarreo de la mies temprano en la madrugada y la tediosa trilla durante todo el día; luego venía la limpia o separación del grano y la paja, y el recogido de ambas ya a finales de agosto o primeros de septiembre. Gracias que la fiesta de la patrona del pueblo (La Virgen de Perales) daba una tregua los días 8 y 9 de septiembre, para luego continuar con la barredura de todos los restos de las eras; y más tarde venía el desparramar del abono natural, que no era otra cosa que los desechos orgánicos de los animales, acumulados primero en los patios de las casas, y luego en los muladares para de allí esparcirlo por las tierras ya prestas a la preparación para la siembra de la próxima cosecha.



En cuanto a la vendimia, paso a narrar detallada y animosamente esta parte del círculo anual campesino de mi tierra, porque era la época más esperada y más divertida de todas las faenas agrícolas. Empezaba la jornada también temprano a caballo entre los meses de septiembre y octubre, saliendo cada vecino con su carro lleno de cestos de mimbre y terreros (especie de canastos, algunos hechos por mi padre, como ya he contado) y con la cuadrilla respectiva dirigiéndose a la viña previamente señalada por el dueño; comenzando el corte de la uva ya madura , a mano y con navajas especialmente compradas o tijeras, según las preferencias de las personas.



Cada cuadrilla la componían mayormente los miembros de la familia, incluyendo lo más pequeñines, pues para cortar la uva todas las manos eran buenas. A veces, como era el caso de mi familia, se juntaban dos o más vecinos o familiares para hacer la tarea juntos y hacerla más llevadera; mientras otros reclutaban a gente de fuera, y hasta los gitanos eran contratados para esta faena, pues la uva, una vez madura, no puede esperar mucho a exponerse demasiado al sol o a la lluvia, porque se pasa o se daña.

Esto de las cuadrillas de vendimiadores/as merece un comentario a parte. Generalmente cada cuadrilla se movía a pié y “arrapiñados”, tanto desde el pueblo a las viñas (majuelos se le llamaban en el pueblo), como de una viña a otra para realizar la tarea. Pero era normal y frecuente que las cuadrillas se cruzaran y se armaran peleas con los racimos de uva, hasta llegar a veces a estrujárselas en la cara (la famosa “gareta”), y cuando se tapaban la cara, se acudía a echar las uvas en otras partes del cuerpo. Era normal y frecuente que las cuadrillas regresaran a casa por las tarde cantando, y hasta fuerzas les quedaban a los más jóvenes para hacer baile por las noches.

Pero ahí no termina toda la tarea y experiencia de la vendimia. Luego venía el pisar las uvas en el lagar, generalmente al final del día y cuando se terminaba de cortar toda la cosecha; todos nos metíamos en aquella especie de piscina de cemento (Lagar, se llamaba) a estrujarlas lo más posible con los pies descalzos, o con botas, hasta sacarle la última gota de jugo en una especie de bacanal, entendido como un ir y venir saltando a veces en circulo. Lo que salía inmediatamente de la uva era el mosto o jugo, que iba a caer en otra especie de hueco más pequeño y conectado al grande, desde donde se recogía en pellejos (sí, como los del Quijote) para trasladarlo luego a las carrales en las bodegas, donde se dejaba fermentar hasta llegar a su madurez y presto para poder consumirse.

NOTA: la mayor parte de ambas cosechas se guardaba en casa para el consumo doméstico, el resto se vendía para aportar algo de dinero para los otros gastos familiares del año.

Otros recuerdos infantiles:

Entre los recuerdos gratos de mi infancia podría nombrar los famosos “concejos”, que tenían lugar cuando todos los vecinos del pueblo, luego de un repicar especial de campanas, se reunían en los portales de la escuela para exponer y decidir democráticamente los asuntos de interés general.

Entre estos asuntos estaban las “hacenderas”, que eran tareas comunales en que cada vecino debía colaborar con mano de obra para limpiar y dragar las “regueras”, o acequias que bordeaban los dos largos valles que recorrían prácticamente todo el campo del pueblo de norte a sur y por los dos costados del mismo. Igual pasaba cuando había que cortar la leña en el monte para acumularla primero en la “tenada”, y de allí moverla y cortarla en pequeños pedazos para alimentar el fuego en la cocina y calentar los alimentos y la casa en los rigores del invierno.

No menos impactante para un niño era cuando a un vecino se le moría una vaca, animal esencial para el trabajo entonces en el campo. Todo el barrio colaboraba con el que había tenido tal desgracia, y cada uno llevaba una parte, si se podía comerla, o al menos aportaba algo para comprar otra de reemplazo. Tal era el sentido de solidaridad y valor comunal de aquella gente; lo cuento porque esto pasó en mi casa, y hubo que sacrificar una vaca, y yo mismo vi de niño, primero cómo la mataban con un puntillazo detrás de los cuernos, y luego de hacer lo propio, fueron distribuyendo en pequeñas porciones la carne y los vecinos venían a recogerlas y dar el ovulo correspondiente. Esto aliviaba mucho al perjudicado para poder reemplazar el animal perdido y tan necesario para las tareas campesinas

Tampoco se puede dejar pasar las famosas “pastoradas” del día de Navidad, en que los pastores se encargaban, primero, de representar las escenas más importantes relacionadas al nacimiento del Niño Jesús; después ellos mismos animaban la Misa de Gallo, comenzando con la ofrenda de la” Cordera” acompañada de cantos especiales;

luego seguían animando algunas partes de la misa cantada también por ellos, acompañados por unas castañuelas muy particulares. No faltaban años en que también se representaban los Reyes con toda su parafernalia de coronas, caballos y ángeles terrenales (el primero que yo recuerdo es cuando mi hermano mayor, entonces un niño, y yo más pequeño todavía, le tocó representar a uno de ellos).



Por estas fechas también, especialmente en Año Nuevo, solíamos los niños visitar a los vecinos y familiares para pedirles el Aguinaldo, consistente en unas regalos de frutas y dulces a cambio de cantarles algo propio de la Navidad, acompañados, cuando podíamos, con zambombas y “almideles” (pilonos de metal). También ayudábamos a correr los gallos a los Quintos, para cansarlos antes de que terminaran matándolos para hacerse un buen banquete.

Y qué decir de la costumbre de “los quintos” llevar al cura encaramado en un silla por la Pascua de Navidad? Si había algún otro sacerdote del pueblo ese día, también lo paseaban los de su “Quinta” (mozos nacidos en el mismo año), como me pasó a mí en cierta ocasión que estaba pasando unos días con la familia.



Cosa a parte era la histórica matanza del cerdo. No era extraño que antes de acudir a las de la familia, ya hubiéramos tenido la oportunidad de escuchar desde la escuela los gruñidos de algún otro puerco al recibir el impacto certero del matador de turno. La jornada comenzaba la víspera por la noche cuando las mujeres se encargaban de picar la cebolla que habría de usarse como ingrediente para hacer las morcillas; eran tan picantes que normalmente terminaban todas ellas con los ojos llorosos.

Llegado el día señalado por el dueño del animal, irremisiblemente condenado a morir, nos reuníamos generalmente todos los familiares para ayudar en las distintas faenas; pero los que más gozábamos éramos, por supuesto los niños, comenzando porque ese día estábamos excusados de ir a la escuela. Iniciaba la tarea por atrapar el cerdo y conducirlo a un banco especial, donde una media docena de adultos lo aguantaban, mientras el más diestro lo espetaba el cuchillo lo más certeramente posible en el cuello hasta llegarle al corazón. Luego de desangrarle, el precioso líquido se guardaba y hervía para dar consistencia a las morcillas, y el cuerpo del cerdo ya muerto era chamuscado con pajas encendidas; nosotros, lo muchachos entonces lo

primero que comíamos eran las pezuñas arrancadas y raspadas por dentro, y si nos dejaban, parte del rabo y de las orejas; este era nuestro primer manjar del día.

Cuando comenzaban a abrir ya en canal el cuerpo, esperábamos que sacaran la vejiga, para estrujarla y estirla lo más posible contra el suelo, y después de llenarla de aire con la boca y una paja, ese era el balón de juego, dándole patadas hasta que reventara; cosas de niños inocentes y creativos por aquella época.

Los hombres seguía sus tareas de desguazar las partes del cerdo, mientras las mujeres iban sazonando y distribuyendo cada parte, según su valor y destino, para ponerlo luego a curar con sal y otros ingredientes, a fin de conservarlo como reservatorio para la comida más adelante; algunas partes curadas al sol y al humo del hogar, otras medio cocinadas y envueltas en manteca, eran guardadas en ollas de barro para comer durante las duras tareas, principalmente en verano, y para ocasiones especiales, como visitas y otras celebraciones familiares.

Se puede decir que los restos del puerco, debidamente sazonados, curados y conservados con los medios de entonces, constituían la despensa y reserva más apetecida y casi única para la época; pero también parte de los manjares más degustados por propios y extraño que llegaban de visita ocasional u obligada, como la muerte de un pariente. Para la Fiesta (8 de septiembre) ya se puede decir que estaba todo agotado y había que acudir a otras fuentes de abastecimientos, como eran los famosos pimientos asados para la vendimia.

Las veladas invernales merecen también mención a parte. Como las noches de invierno eran tan largas, después de la cena nos reuníamos en casa de un vecino para matar las horas hasta que llegara el sueño, ya que anochecía bien temprano y amanecía tarde. Generalmente, a parte de las charlas amenas, los cuentos y los chistes, pasábamos el tiempo jugando a la baraja. Entre algunos de los juegos más

frecuentes están los siguientes: Brisca, Julepe, Tute, Subastao, Desconfío, Bartola, Gana-Pierde, Siete y Media, Escoba, Escalera,

En fin, serían muchos los recuerdos infantiles que aquí podrían describirse y que siguen grabados en la memoria, no solo de este servidor, sino de muchos otros compueblanos que los presenciaron como yo, o se lo han transmitido por tradición a sus descendientes. Para aquellos que no han tenido este privilegio, es que trato de describirlos con el fin de que estas cosas queden en la memoria colectiva.

En cuanto a la educación, siempre fue una inquietud desde que tuve uso de razón, y desde antes de tener la edad requerida para entrar en la escuela, yo ambulaba ya por sus atrios; igual que por los de la iglesia. Por eso cuando cumplí los seis años entré “loco de contento” para el cargamento, dispuesto a empaparme de las letras y los números; todo con el mismo maestro que enseñaba a los chicos del pueblo desde los seis hasta los catorce años, obligados a asistir, con una enciclopedia para todas las materias, una pizarra y pizarrín para escribir a la mano, y sin conocer jamás lo que era una nota, un examen ni un paso de nivel. ¡Qué felicidad...!

De la escuela, lo más que recuerdo es que todos los días, aun en tiempos de la dictadura, cantábamos el Himno a León que comenzaba así: “Sin León no hubiera España, y antes que en Castilla reyes, en León fueros y leyes”.....



Como era un chico aparentemente espabilado, el cura del pueblo se encargó luego de mi educación más acorde para enviarme a un seminario, y a los diez años tuve que aprenderme de memoria la gramática española de Nebrija y la latina de no me acuerdo ya el autor; lo que sí sé es que cuando fui a examinarme a la Capital (que por cierto era la primera vez que la visitaba) los maestros entendieron que podía pasar directo al segundo año del Seminario; y como por aquel entonces no había otra alternativa para progresar en el campo intelectual, pues mi familia encantada; a parte que era una boca menos que alimentar en tiempos difíciles, cuando en la casa había cinco hermanos más, todos varones, y que deberían seguir cada uno sus caminos.



Y así fue como caí de patitas en un Seminario, que no quiero nombrar, porque el lugar no fue precisamente lo que yo esperaba, y ganas no me faltaron de volverme para casa a recuperar mi libertad; pero quién se atrevía, si eso iba en contra del parecer común y se vería mal por mis allegados; no hubo más remedio que aguantar.

JUVENTUD (¿Qué juventud?):

Desde los 12 a los 23 años los pasé en el Seminario, sin tener prácticamente contacto con la familia y desarraigado por completo del entorno en que nací y me crié. La calle y los lugares comunes, donde se funde la energía y se forjan los rasgos propios de esta edad, fueron ajenos a mi juventud, que tuvo que adaptarse a la rutina que imponía la disciplina propia de un seminario de los años cincuenta y sesenta del siglo pasado.

No hubo trato personal con mis familiares hasta que mis padres fueron a hacerme una corta visita, después de cinco años sin verlos, y mis hermanos que lo hicieron tres o cuatro años después; pero el contacto con otros jóvenes que no fueran los seminaristas era el mínimo, y la convivencia estaba lejos de la de cualquier otro joven que se crie en el entorno familiar. Con esto no quiero criticar la política eclesiástica, porque así eran las circunstancias entonces y no se puede echar la culpa a ninguna persona o institución en particular.

Pero lo que no deja de ser cierto es que mi juventud nada tiene de parecido a la de otros jóvenes desarrollados fuera de los seminarios; la experiencia y aprendizaje para enfrentarse a la vida real fueron así truncados, y pasé la época más decisiva, en este sentido, como en un túnel del tiempo, en que uno pasa de niño a casi adulto y luego sale a la calle sin la debida preparación. Es lo que podría llamarse en cierto modo una "juventud perdida", y esto, claro, tiene sus consecuencias; es como quemar una etapa de tu vida que nunca volverá...



Cuando llegué a la Universidad en Salamanca, después de haber terminado la Filosofía y Teología, aunque en cierto modo era una continuidad del seminario, porque era una institución también eclesiástica (Pontificia) tuve al menos la posibilidad, única en la facultad de Pedagogía casi recién fundada, de encontrarme con una mayoría de gente seglar, incluyendo mujeres por primera vez aceptadas en la Universidad, donde se formó una familiaridad tal en el grupo que incluso llegamos a realizar actividades tan “seculares” como bailes en plena cuaresma (para escándalo de algunas autoridades eclesiásticas); claro que los que éramos clérigos no participábamos directamente en ellas, como en los bailes, pero indirectamente colaborábamos hasta en la venta de taquillas; porque de ahí sacamos dinero suficiente para pagar los gastos de una semana de celebraciones por el “Paso del Ecuador” (así llamado por llegar a la mitad de la carrera), incluyendo una gira y visita a una ganadería de toros bravos donde hicimos nuestros pinitos con las vaquillas.



Al terminar la universidad y graduarme en Pedagogía, me destinaron a un colegio en León, capital de la provincia y más cercano a la familia. Allí me desempeñé primero como maestro de Español y luego de Francés aprendido durante los veranos en Francia, donde obtuve una certificación de la Alianza Francesa de París; pero mis inquietudes aventureras y deseos de escapar de la rutina y encerramiento de los fines de semana me llevaron a embarcarme en una tarea, que ya había tenido sus inicios en Salamanca, con algunos miembros del llamado Frente de Juventudes que practicaban el deporte del esquí.



Pero yo no podía reducir mi actividad a la de simple capellán para decir misa y esperar que ocurriera alguna desgracia para administrar los últimos sacramentos; ni conformarme con mirar cómo se divertían los demás. Por eso desde el primer día que les acompañé en Sierra de Gredos (todavía en Salamanca) me calcé los esquís, con todo y sotana: Qué espectáculo!, pero poco me importaba; lo que pretendía era disfrutar yo también del deporte de la nieve, como he disfrutado siempre del deporte en general, bien sea practicándolo o como mero espectador en vivo o por televisión (todavía hoy paso la mayor parte del tiempo libre viendo programas deportivos).



En el colegio de León formé un club de esquí, del cual llegaron a participar más de cien jóvenes de ambos sexos y de otros centros o entidades juveniles. Tal fue el éxito de este club, que recibí un reconocimiento especial por parte de la federación Astur-Leonesa por fomentar este deporte, y los afiliados al club participaban en cuanta competencia había, o nosotros mismos organizábamos; y hasta quedaron campeones un año de los juegos escolares a nivel nacional. En esa ocasión llegué a formar parte del comité de competencias en representación de la delegación de León, e incluso me tocó cronometrar algunas pruebas.



Por cierto, permanecí practicando este deporte siempre que podía los fines de semana; sin excluir cuando estuve en Madrid dos años, los domingos en Sierra Nevada, y cuando me destinaron a Puerto Rico, regalé todo el equipo a unos sobrinos para que siguieran faenando con la nieve.

MAYORÍA DE EDAD

A estas alturas tal vez alguno se preguntará, ¿qué tiene de particular esta vida respecto a cualquier otra que haya seguido una carrera eclesiástica como sacerdote formado en cualquier otro seminario?

Pues, dos cosas, primero que fui enviado a estudiar en una universidad de prestigio como es la de Salamanca, antes de recibir la ordenación sacerdotal; y en segundo lugar, que nunca quise recibir oficialmente tal ordenación, porque no sentía atractivo personal por este ministerio. Por eso cuando terminé mi primer año de universidad, pedí por escrito a mi superior que me permitiera terminar la carrera universitaria antes de ordenarme.

Pero hasta ahí llegó mi súplica, porque la respuesta fue “o te ordenas, o dejas de estudiar”. Ante tal postura, pues seguro, mejor era aceptar para poder terminar mi carrera preferida. Y así fue como recibí el orden ministerial sin muchas ganas y

presionado; pero no encontré entonces otra salida. Pero tampoco le echo la culpa al superior de entonces (de hecho pienso que era un de los más abiertos y comprensivos de la época, pero las circunstancias le obligaron a tomar esta decisión).

Total para poco me sirvió, porque lo más que hacía como sacerdote era decir misa, casar a alguno de mis hermanos y primos y bautizar a los sobrinos; lo demás fue ejercer como maestro, apareciendo como cura.



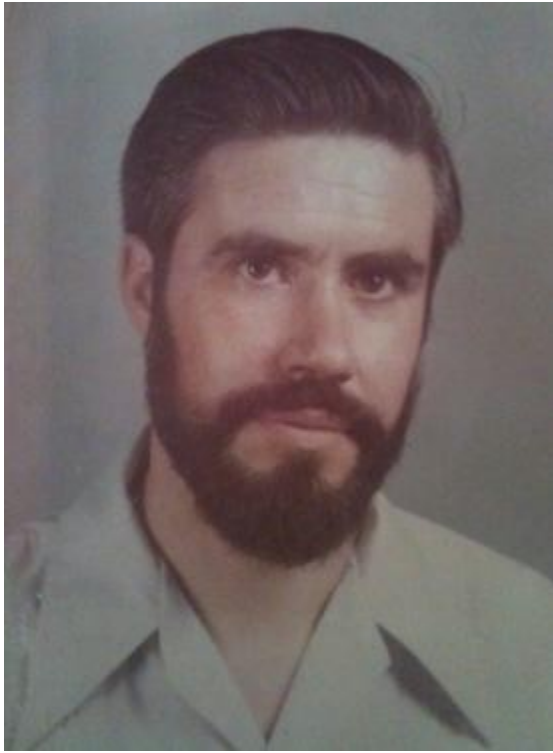
La Gran Decisión:

Primero tengo que mencionar, aunque sea brevemente y con mucho respeto, una decisión no tomada por mí personalmente, sino empujado por las circunstancias de la época para poder lograr una educación más allá de la que podría alcanzar en el pueblo. Entré, como ya he dicho, a los doce años al seminario donde logré culminar los

estudios de Latín y Humanidades en los primeros tres, y luego pasé los ocho años siguientes hasta terminar los grados de Filosofía y Teología (grados que me han sido acreditados en EE.UU. como bachillerato y maestría respectivamente, que no es poco).

Cuando regresé al pueblo, ya a los veintitrés, todo había cambiado, o era yo el que había cambiado la perspectiva, pues hasta las casas y las calles me parecían más pequeñas, y gran parte de la gente de mi edad había emigrado a las grandes ciudades industriales en busca de trabajo y jornal que el campo, ya mecanizadas muchas de las tareas, les negaba. Luego de pasar cinco años en el colegio de la capital, se produjo mi primera y personal decisión: solicité y conseguí de los superiores una dispensa especial para pasar dos años fuera de la Congregación, y así jugármela yo solo frente a la vida por cuenta propia.

Me fui a Madrid, donde vivía uno de mis hermanos, que pasó también por algo parecido, y allí conseguí hospedaje y trabajo en colegios privados laicos, con la ayuda de él y mi cuñada, a los que estoy muy agradecido. No me fue fácil ni satisfactoria la experiencia; aunque se convirtió para mí en un taller de aprendizaje extraordinario, pero tardío; tal vez no estaba maduro para enfrentarme todavía a la realidad dura y desnuda de la calle, y regresé a León, donde pasé cuatro años en otro colegio, los dos últimos como director. Pero finalmente llegué a la conclusión de que eso no me llenaba plenamente, y solicité al superior que me permitiera salir de allí y con un destino lo más lejos posible.



Ahí fue donde surgió la idea de enviarme a Puerto Rico, para trabajar también en colegios y ayudar algo en las parroquias los fines de semana; lo cual estuve haciendo lo mejor posible durante dos años más, hasta que caí como en paracaídas en la U.P.R. de Río Piedras, primero para estudiar Inglés como segundo idioma para profesores, y luego metido de lleno en la Facultad de Pedagogía hasta completar una maestría en Orientación y Consejería. Entonces fue que llegó la claridad a mi mente y la fuerza de voluntad para tomar la gran decisión de mi vida: pensada y serenamente solicité la dispensa definitiva y formal, quiero decir de la Santa Sede, para desligarme de mis obligaciones ministeriales y del celibato, y zambullirme de lleno en la vida secular. No tuve inconvenientes, ni obstáculos; al contrario, todo transcurrió fácil y rápidamente, y a los dos o tres meses me llegó la dispensa oficial de Roma.

La transición, pues, de la vida “religiosa” a la secular se llevó a cabo en un proceso sumamente sencillo y natural; no fue nada doloroso, ni mucho menos traumático. Tal vez me favoreció mucho el que mi superior fuera un gran amigo y

compañero desde los primeros años del seminario, comprendiera mi situación; y que yo tampoco presionara, pues hasta permanecí un par de meses más en la congregación para que algunos de mis antiguos compañeros pudieran viajar a España para pasar unas vacaciones con sus familias. También tenía ya la certeza y garantía de trabajo inmediatamente comenzara el curso escolar 1977-78 en el Colegio Marista de Guaynabo (esta vez si lo identifico), porque estoy sumamente agradecido, ya que esto me solucionaba el aspecto económico y laboral.

Mientras, seguía estudiando en la UPR. hasta completar la maestría en Orientación y Consejería en mayo de 1978. Por esta misma época, y sin esperar a ceremonia alguna de graduación, se me ocurrió invitar a acompañarme en una visita a España a la que es hoy mi esposa con dos amigas más, y en esas circunstancias fue que tuvo lugar la declaración y compromiso de ofrecerle matrimonio.

Que cómo nos conocimos? Pues precisamente aquí en Aibonito, aunque ella es nacida y criada en Barranquitas, y muy cerca de donde vivimos hace ya más de veinticinco años. Fue en Casa Manresa, en un retiro especial para maestros. Yo estaba allí como parte de la facultad del colegio donde trabajaba y ella con algunos compañeros/as de la escuela.



Nos conocimos, sí, pero en ese momento no ocurrió nada más; simplemente surgió una amistad que cultivamos a la distancia con alguna que otra visita y encuentro fortuito. Pasaron casi dos años en que yo tuve ocasión y oportunidades de conocer y compartir con otras mujeres, pero la providencia hizo que nos volviéramos a reunir y juntar, como ya he mencionado, en la gira a España, y allí cuadró todo, incluso con el visto bueno de mi familia.

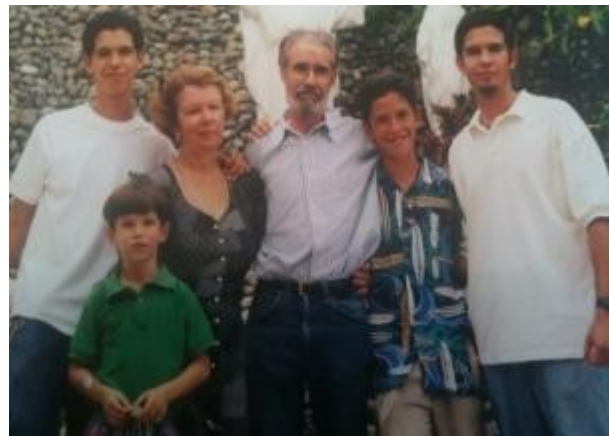
Nos casamos por la Iglesia, y en ella seguimos colaborando en lo que podemos, tanto en la comunidad donde vivimos, como en actividades de voluntariado, ella en el Hospital Menonita y yo como orientador unas horas a la semana en el mismo colegio donde estuve como director. Es lo menos que podemos hacer, con los hijos ya casi todos profesionales, menos el pequeño que está en su segundo año en la Universidad, y disfrutando ya de dos nietas preciosas y otra que está en camino.



“SACERDOTE PARA SIEMPRE”

En cuanto a lo de sacerdote deseo aclarar que hay muchas formas de ejercerlo; claro existe la oficial que todo el mundo conoce. Pero nunca renegaré de mi sacerdocio real: servir a la gente de la mejor forma que pueda, y por supuesto, siempre agradecido a la Iglesia que me dio la oportunidad de formarme al máximo para esta empresa.

Me casé por la Iglesia, incluso el párroco se empeñó en presidir la ceremonia, aunque sin meter mucho ruido como era prudente, y por eso se hizo en una capilla del campo; pero todo muy formal, aunque la actividad civil también se hizo en una casa de campo. Enseguida vinieron los dos primeros hijos, porque no era tiempo para esperar, pues ya había cumplido los cuarenta; los otros dos son regalos de Dios y de su santa voluntad.



Siempre estuve en la mejor disposición de seguir sirviendo a la Iglesia en lo que me necesitara; daba clases a los padres de confirmandos, catequesis y charlas de Religión a los jóvenes, y cuando llegó la oportunidad, sacrifiqué mi buen puesto de trabajo como Registrador en una Universidad privada, para encargarme de la dirección de un colegio católico, con la debida autorización del obispo y el consentimiento tácito del Vaticano. De entonces para acá, he trabajado como orientador universitario del programa regular y de Adultos, y actualmente sigo dando clases como profesor a tiempo parcial de Humanidades, Ética y Religión; además de dedicar, como voluntario, un par de horas

semanales a la orientación y consejería en el mismo colegio donde fungí primero como director.



EPÍLOGO Y EXHORTACIÓN

Con esto narrado aquí brevemente, no tengo otra pretensión, como dije al principio, que la de intentar que mis hijos y allegados me entiendan mejor, y todo el que lo lea también comprenda y entienda que la vocación más importante que una persona pueda tener en la vida, es la de servir al prójimo sin mirar a quien; porque, en cierto modo, “todos somos sacerdotes.....”

Realmente lo que pido y espero de las presentes y futuras generaciones es un poco más de comprensión hacia aquellos, que como yo, han pasado o viven una “doble vida” obligados por las circunstancias de encontrarse oficialmente consagrados como sacerdotes y son padres de familia al mismo tiempo.

Por un lado se dice que el “orden sacerdotal”, administrado como sacramento por la Iglesia Católica, es para siempre; y por otro se les impide a veces ejercerlo en lo más mínimo dentro de la misma institución. Hay unos cien mil hoy día en circunstancias parecidas a las mías, que se les niega la posibilidad de seguir colaborando, como si estuvieran estigmatizados (algunos incluso excomulgados por pasarse a otra iglesia a ejercer su ministerio); claro que todo depende de cada caso: en

el mío no he tenido mayor inconveniente en cooperar como animador de actividades religiosas, clases de Biblia en la comunidad, o incluso director de un colegio católico, con el debido permiso eclesiástico.(Pero también me he encontrado con algún que otro sacerdote y párroco que no han sabido apreciar mis ofrecimientos).

Como quiera, pienso que es hora de que la Iglesia reconozca y se aproveche de esta pléyade de personas bien preparadas, y que en el fondo y mayoría de los casos estarían dispuestas a seguir sirviendo a la comunidad de fieles en muchas facetas de la vida cristiana.

En este sentido, puede considerarse esto como un llamado, tanto a la Iglesia oficial como a la comunidad en particular, a reconocer la valía y el potencial que en estos momentos sigue enquistado y sin apenas productividad para la misma institución que les formó. Y antes de tener que emigrar a otras iglesias, mejor sería que aquella en la cual nacieron y se educaron, se beneficiara de este caudal de personas dispuestas a seguir sirviendo.

Deseo finalmente expresar mi agradecimiento a Dios por haberme permitido, en primer lugar, crecer en una familia humilde pero llena de amor y deseos de superación, y el haber podido desempeñar esas dos grandes misiones; la de sacerdote, recibiendo como tal una formación plena; y la de padre de familia, bendecido con cuatro hijos invaluable, a quienes quisiera transmitir sobre todo el deseo de servir siempre a los demás, y tras ellos a otras generaciones venideras.

